

Hemos de ocuparnos detenidamente en el capítulo siguiente de la situación del mundo al advenimiento de Pio IX al trono pontificio. Esto nos hará hacer una excursión histórica por la Italia, y extendernos sobre los acontecimientos que no hemos hecho otra cosa que indicar en el presente, que vamos á terminar presentando el retrato que un escritor ilustre hizo de Pio IX en los primeros tiempos de su pontificado; ; cuánto ha dicho posteriormente ensanchando las dimensiones del cuadro !

«La fe y la bondad son los rasgos dominantes de aquella fisonomía en que se juntan todos los esplendores morales. La fe no conoce límites; la bondad solo está circunscrita por las necesidades de la justicia. Esos dos soles, la fe y la bondad, giran en una inteligencia vasta como el cielo. La presencia y conversacion de Pio IX proporcionan al alma aquella especie de bienestar de que se disfruta ante un paisaje de ilimitada extensión lleno de magnificencia, bajo un cielo despejado. Junto á Pio IX se experimenta una impresión igual á la que sentimos, por ejemplo, al contemplar Roma desde las alturas de monte Mario: la misma suave majestad, la misma serena alegría de luz; y allí está toda la historia reunida en un solo punto. Todos experimentan esa impresión y la atestiguan, pues Pio IX es, entre todos los vivientes, á quien el mundo vió mas de cerca. Él ha acogido á innumerable multitud de individuos de todas regiones, edades y categorías, conversando con ellos, y dejándolos extasiados y aromatizados con su suavidad. Aquella paciencia que todo lo escucha, aquella inteligencia que todo lo comprende, disponen de una memoria que no olvida un solo incidente, una sola fisonomía. Se recuerda del pobre, del mendigo, del esclavo, y los consuela. Su gravedad sonríe convenientemente; con facilidad se enternece; habla de los hombres sin aspereza, evitando citar nombres que tendría que vituperar. Cuando se defiende de ellos, su lenguaje respira compasión. Al caracterizar la acción mala, su fe es la terrible responsabilidad del pecador, y conócese que su corazón desearía absolver.

«Esa mansedumbre, sin embargo, puede trocarse en la severidad del príncipe, del doctor y del juez. El pueblo bajo lo ignora; pero lo experimentaron varios grandes, pues viéronse elevados personajes salir de la presencia de Pio IX aterrizados. Mas ese rigor es raro, necesita ser impuesto por la necesidad. La bondad rebosa, y para con los humildes llega hasta el agasajo: *Pater pauperum*. Ese es uno de los títulos de Jesús. Los hospitales de la ciudad vieron mas de una vez al Sumo Pontífice junto al lecho de los enfermos ejerciendo las funciones de mero sacerdote. En la época del cólera oyó en confesión y recibió el último suspiro de un pobre á quien nadie asistía; tan crecido era el número de enfermos. ¿Y necesitaremos decir que el Sumo Sacerdote no se exime de ninguna obligación de los fieles; que es humilde, benigno, paciente, caritativo, resignado; que su vida es una continua penitencia y un perpétuo trabajo (1) ?»

(1) Veullot: *Parfum de Rome*.

CAPÍTULO IX.

SITUACION DEL MUNDO Á LA ELEVACION DE PIO IX

AL PONTIFICADO.

EL cuadro que ofrecía la sociedad á últimos del siglo pasado y principios del presente, que á grandes rasgos tenemos ya descrito, hubo de sufrir importantes modificaciones debidas á la acción reformadora del tiempo, y al cambio de los intereses políticos, consecuencia natural de la marcha de los acontecimientos.

El despotismo de la revolución y la tiranía de Bonaparte habían extenuado las fuerzas beligerantes de la Europa, que, ávida de descanso, celebró una tregua que le permitiera algunos años de reposo. Á propósito calificamos de «tregua» á la base de la paz relativa de nuestra sociedad, como quiera que por desgracia no puede ser calificado de verdadera constitución de principios el tratado de la cuádruple alianza, que desde el año 1815 sirvió de punto de partida á la política europea.

Los soberanos, alarmados justamente por el desborde de la doble tiranía, la revolucionaria y la imperial, teniendo ante sí, el uno los escombros de Moscou, los otros los lagos de sangre de Jena y Austerlitz, quisieron enclavar la rueda que amenazaba aplastar en su veloz marcha tronos y altares. Comprendieron que era indispensable celebrar una alianza íntima, y oponer al cinismo de los incrédulos y á la profesión desmoralizadora de la blasfemia pública una confesión clara y explícita de los sentimientos cristianos en que se basaba el ardor político antes del estallido de la revolución francesa.

El tratado dicho de la santa Alianza es quizá el documento político mas notable de nuestra época, y es preciso tenerlo á la vista para juzgar con rectitud los acontecimientos posteriores. Su redacción es concisa, empero las tendencias que revela son inconmensurables, aunque sus efectos hayan sido nu-

los, á causa de una inconsecuencia trascendental que harémos notar en aquel importante acto.

Hé ahí el tratado de la *santa Alianza* entre la Rusia, el Austria y la Prusia:

«En nombre de la santísima é indivisible Trinidad.

«Sus majestades el Emperador de Austria, el Rey de Prusia y el Emperador de Rusia, en vista de los grandes acontecimientos que han caracterizado en Europa el curso de los tres años últimos, y principalmente de los beneficios que plugo á la Providencia derramar sobre los Estados cuyos Gobiernos pusieron únicamente en ella su confianza; habiendo obtenido la convicción íntima de la necesidad de sentar la marcha de las potencias en sus mútuas relaciones sobre las verdades sublimes que nos enseña la eterna Religion del Dios Salvador, declaramos solemnemente que el presente acto no tiene mas objeto que manifestar al universo su determinacion irrevocable de no tomar por regla de conducta, sea en la administracion de sus negocios respectivos, sea en las relaciones con otras potencias, sino los preceptos de esta Religion santa, preceptos de justicia, de caridad, de paz, que, léjos de ser únicamente aplicables á la vida privada, deben al contrario influir directamente en las resoluciones de los príncipes, y guiar todos sus pasos, siendo como son ellos los solos que pueden consolidar las instituciones humanas y remediar sus imperfecciones. En consecuencia, sus Majestades convienen en adoptar los artículos siguientes:

«Artículo I. Conforme á las palabras de la sagrada Escritura, que mandan á todos los hombres considerarse como hermanos, los tres Monarcas contratantes permanecen unidos con los lazos de una fraternidad verdadera é insoluble, y considerándose como compatriotas, se prestarán en toda ocasion y todo lugar asistencia, ayuda y socorro; portándose respecto de sus súbditos y ejércitos como padres de familia, dirigiéndolos segun el mismo espíritu de fraternidad de que ellos están animados para proteger la Religion, la paz y la justicia.

«Art. II. En consecuencia, el único principio en vigor, sea entre dichos Gobiernos, sea entre sus súbditos, será el de prestarse recíproco servicio, y atestiguarse por una inalterable benevolencia el mútuo afecto que debe animarlos, el de no considerarse sino como miembros de una misma nacion cristiana, y el de no ver en sí mismos los tres príncipes aliados, sino otros tantos delegados de la Providencia para gobernar tres ramas de una misma familia, á saber, el Austria, la Prusia y la Rusia; confesando así que la nacion cristiana, de la cual ellos y sus súbditos forman parte, no tiene realmente otro soberano que aquel á quien solo pertenece en propiedad el poder, porque en Él solo se encuentran los tesoros del amor, de la ciencia, de la sabiduría infinita, es decir, Dios, nuestro divino Salvador, JESUCRISTO, Verbo del Altísimo, palabra de la vida. Sus Majestades, en consecuencia, con la mas viva solicitud recomiendan á sus pueblos, como único medio de disfrutar de la paz, que nace de la buena conciencia, y que es la única durable, se fortifiquen cada dia mas en los principios y prácticas de los deberes por el Salvador divino á los hombres enseñados.

«Art. III. Todas las potencias que quisieren adherirse á los principios sagrados que han dictado el presente acto, y reconozcan cuán importante es para el bienestar de las naciones, durante tan largo período agitadas, que estas verdades ejerzan en adelante toda la influencia á que tienen derecho so-

bre los destinos humanos, serán recibidas con igual afecto y entusiasmo en esta santa alianza.

«Firmado por triplicado en París el 14 de setiembre del año de gracia 1815. — Francisco. — Federico. — Alejandro.»

Este documento es el reverso de la medalla de la Constitucion francesa del año 1789; la declaracion de los derechos del hombre, y la proclamacion del ateísmo del Estado, fue el rasgo característico, el dato que ilustró especialmente nuestro criterio para trazar el cuadro de la situacion del mundo al nacer Pio IX; pues bien, no hay documento mas propio para basar la descripcion del estado del mundo al subir á la cátedra de san Pedro el Pontífice que la ocupa aun con tanta honra propia y gloria de Dios, como el recuerdo del tratado de la santa Alianza.

Ya sabemos que median muchos años desde la fecha de este convenio y el de aquella exaltacion; empero nadie puede desconocer la íntima ilacion que unos con otros tienen los mas distantes sucesos, y sobre todo con los que gozan del privilegio de formar época en un siglo; por otra parte, deseamos y hemos prometido que la vida de Pio IX se ocupe de los acontecimientos notables de la Iglesia, y por lo tanto del mundo, durante los años de nuestro respetable Pontífice; y despues de la restauracion de Pio VII en el solio romano, el documento de primera magnitud es el que nos ocupa.

¿Qué influencia estaba llamado á ejercer el convenio de aquellos augustos soberanos? ¿qué influencia ejerció verdaderamente en la marcha social?

Ante todo debemos consignar que lo que estaba llamado á ejercer era inmenso; la fe religiosa, la esperanza en la Providencia, el amor á Dios y al prójimo eran profesados con el mas explícito lenguaje, con la mas elocuente confesion en el texto del tratado. La Religion, desheredada de la filosofia de los enciclopédicos y de la política de los revolucionarios, recibia el mas solemne homenaje de labios de las mas gloriosas testas coronadas de la tierra; á los ultrajes inferidos por la razon endiosada á la fe divina se contrapuso la admiracion rendida á la fe religiosa por los árbitros de la humana política. El lenguaje del documento es digno, las intenciones no pueden menos de ser nobles; empero, ¿podian esperarse todos los frutos que aparentemente entrañaban aquellos propósitos gratos? No.

Veámoslo, y permítasenos consagrar algunas líneas á este asunto, porque, si no sondeamos algo la cuestion, queda á nuestros ojos sin explicar un gran misterio, y es: ¿cómo la Europa no se salvó despues que los dueños de sus destinos entraron tan denodadamente en la senda de la religiosidad y de la justicia?

Preciso es colocarse en el punto de vista á propósito para juzgar con rectitud la cuestion de la santa Alianza.

En el documento que se ha leído se ven las firmas de tres soberanos que se reconocen hijos de JESUCRISTO, y llaman miembros de la sociedad cristiana á sus respectivos pueblos; ellos convienen en que es preciso que el mundo crea en la verdad y la siga, que cesen las discordias, y oriente el dia de la sincera fraternidad.

Pues bien, en el orden de las ideas religiosas ¿habia unidad en los Soberanos de la santa Alianza?

Alejandro mantenía para sí la jefatura de la Iglesia oriental usurpada al Pontífice romano.

Federico invocaba la necesidad de cimentar la paz en las conciencias, manteniendo su espíritu de protesta contra la Iglesia católica.

Solo Francisco de Austria invocaba la unidad, estando en el centro de la unidad.

Tres soberanos invocan la palabra de vida como guía suprema de sus pueblos, y dos de ellos, ó no comprenden aquella palabra, ó se rebelan á sabiendas contra ella. Entrañó, pues, la santa Alianza una contradicción fatal entre el lenguaje y el espíritu, las palabras y las obras. Sentados los hermosos principios en aquella magnífica confesión formulados, lo que procedía era, que el Czar abdicara el poder espiritual que ejerce sin título sobre las conciencias, y que el rey de Prusia, anulando las protestas contra el magisterio romano que de la cátedra apostólica procede, dieran un abrazo á su aliado del Austria, y entonaran los tres soberanos ante sus respectivos pueblos el *Credo in unam, sanctam, catholicam et apostolicam ecclesiam*.

Entonces la paz social tuviera una base inquebrantable.

Empero se dejó en pié la cuestión de las cuestiones; no se solventó la disidencia religiosa, que era la disidencia fundamental, y así fue tan imposible la unión íntima, como que ella trascendiera, según el deseo expresado de los soberanos, de la vida privada á la vida pública.

Supongamos que efectivamente los reyes de la tierra, acatando la autoridad y el magisterio de la Iglesia, hubieran aceptado por guía de las conciencias la soberanía pontificia; la unidad social hubiera obtenido una base sólida é inquebrantable, y las legislaciones, apoyadas en el doble amor de Dios y del prójimo, evitaran á la vez la relajación por el exceso de libertad, y el despotismo por exceso de autoridad; las virtudes cristianas, alentadas por el genuino espíritu de Jesuchristo, hubieran establecido relaciones suaves entre los poderes y las muchedumbres, y la revolución, careciendo de motivos, se encontrara falta de sólidos pretextos para constituirse y sobre todo para desarrollarse.

No fue así.

Los soberanos que dieron público testimonio de respeto á la religión del Salvador no trataron de devolver los jirones de sus vestidos, que se sortearon á la vista de la madre Iglesia. Confesaron ser necesaria la unidad, al mismo tiempo que sostuvieron la división; desperdiciando así el movimiento de prudente restauración que se notaba en los espíritus aleccionados por amargas experiencias.

En efecto, las blasfemias religiosas y los absurdos sociales de la revolución francesa habían suscitado hombres de un valor intelectual y personal extraordinarios; la cobardía de los católicos del último tercio del siglo XVIII fue sustituida por el valor y decisión apostólica de eminentes filósofos.

Chateaubriand había llevado al santuario el influjo del genio; y el culto ultrajado recibió en su apología de las magnificencias por la Religión inspiradas la mas elocuente y entusiasta vindicación; el Cristianismo volvía á levantarse, después de la noche de la incredulidad, como el esplendoroso sol de las inteligencias y de los corazones, y la Iglesia, que había sido declarada sistema anticuado, institución aislada de todo lo que á la vida moderna se refería, apareció rodeada de variedad, é íntimamente cortejada de las ciencias, de las artes, de la inspiración, del genio, de la elocuencia; empujando con una mano á la humanidad por el camino del terreno progreso, y elevándola

con la otra hácia las regiones de la justicia y de la santidad. Las grandezas de la tierra y las virtudes del cielo aparecieron tratando de madre á la santa Iglesia relegada por los racionalistas, y viéronse reunidas en el corazón maternal del Catolicismo todas las cuerdas de comunicación de la vida universal derramada por el tiempo y por el espacio.

Mientras Chateaubriand exhibía los certificados de bautismo de las artes sublimes y de los progresos reales de la humanidad, y del indisoluble consorcio de la fe y del genio, hombres como Bonald y De Maistre demostraban con los admirables recursos del talento y de la erudición que la verdad católica permanecía íntegra á pesar de los argumentos filosóficos ó sofísticos contra ella empleados.

El mundo observador vió, al resplandor de los escritos de aquellas dos lumbreras, que las olas de la incredulidad no habían conseguido mas que cubrir algunos momentos el edificio de la fe, empero no socavar una sola pulgada sus cimientos, puesto que pasada la hora de la tempestad el edificio volvió á aparecer con toda su grandeza y majestad, sin haber perdido un solo detall, y aun enriquecido con un nuevo y mas brillante testimonio de su admirable consistencia.

Los enciclopedistas, que se llamaron el resumen de las fuerzas intelectuales de la humanidad, habían diluviado doctrinas de oposición, argumentos de combate sobre la Iglesia; De Maistre y Bonald preguntaron á los jactanciosos filósofos: «¿Qué habeis hecho? ¿cuáles han sido los resultados de vuestras declamaciones? ¿Qué dogma cristiano habeis derribado?»

La razón católica quedó victoriosa en el primer combate librado en el campo de la ciencia; y precisamente en el tiempo para el que se había anunciado la desaparición total de la fe, las creencias religiosas reaparecieron en todo su esplendor.

¡Qué magnífica ocasión para el retorno de las soberanías al templo del que se habían emancipado!

No fue así por desgracia.

La diplomacia continuó abrigando injustificables recelos contra la influencia de la Iglesia; y diez años después de haber convenido las cortes europeas en la necesidad de dar el mas completo apoyo al desarrollo de los sentimientos religiosos, se suscitaron graves dificultades, apoyadas en débiles reparos, á una de las mas elocuentes manifestaciones del espíritu cristiano, como es la convocación en Roma de las peregrinaciones del universo.

En su lugar hemos indicado el tesón que hubo de desplegar Leon XII para celebrar el año del jubileo en la santa Ciudad.

Las zozobras de los Gabinetes ante una convocación religiosa no se extendían sobre los proyectos y ensayos verdaderamente temibles de las sociedades secretas.

Los carbonarios urdían en las catacumbas de los imperios, y sobre todo en las soledades de la Italia, la mas complicada trama; constituyéndose en una iglesia destinada al apostolado eficaz de la maldad, fortificábanse con el juramento pavoroso en la ejecución de los programas mas sangrientos. Tomando por objetivo la emancipación de la sociedad, se proponían desembarazarse de los hombres á cuyo influjo se conservaba el orden; «para derribar el edificio social, cuya ruina hemos jurado, dijeron, basta volcar las columnas en que se apoya.» El pontificado y la monarquía, representados por los

monarcas mas antiguos y por los papas mas santos, eran las columnas á cuyos zócalos debia aplicarse la aguzada piqueta.

Los monarcas, temiendo las iras del tenebroso poder, apresuráronse á celebrar vergonzantes alianzas con sus decididos adversarios.

El órden moral recibió con ello la mas profunda conmocion.

No creemos necesario desarrollar la cadena de hechos, consecuencia de la actitud tomada por los soberanos respecto á la propaganda del mal; *à priori* puede conocerse ya la táctica, ó mejor, el sistema que prevaleció en los altos consejos, y la clase de solucion que obtuvieron las mas dificiles cuestiones.

La política creyó prudente desarmar á fuerza de tolerancia á la escuela y á la secta, atrayéndose la benevolencia de los enemigos á fuerza de desdenar y atropellar á la santa Iglesia de Dios.

Y sin embargo la Iglesia contaba talentos como Lamennais, cuya palabra contundente pulverizaba los últimos argumentos de la duda ó de la negacion; almas irresistibles que, como la de aquel despues obcecado controversista, mataban la indiferencia religiosa, plaga de los espíritus fatigados por las elucubraciones racionalistas, excitando el interés para el estudio de los asuntos religiosos en los hombres inapetentes; contaba talentos como Wiseman, que, como si fuera una resurreccion del antiguo Agustin, demostraba las armonías de la razon humana y de la fe católica en medio del desconcierto de las doctrinas protestantes, siendo su figura una gloria imperecedera de la escuela romana y una esperanza halagüeña del mas ó menos próximo triunfo de la Iglesia de Pedro en la nacion de Enrique VIII; contaba en Irlanda un corazon y un entendimiento como el de O'Connell, patriarca de los tribunales modernos, que removía millones de hombres al solo acento de su piedad y de su conviccion religiosa; contaba los pontífices que en los Estados Unidos de América desarrollaban el divino plan de la evangelizacion, y cultivaban las virtudes del amor y de la abnegacion evangélicos en aquel suelo, solo acostumbrado á presenciar escenas mercantiles y desahogos sensualistas; contaba con una multitud de filósofos cristianos que detenían la marcha del racionalismo en Alemania; en fin, el Catolicismo daba por donde quiera manifestaciones de su vida y de su lozanía, demostrando poseer abundantes elementos para efectuar una cumplida restauracion.

La política no quiso utilizarlos. Se manifestó indiferente unas veces y otras veces adversa al desarrollo del espíritu católico. Los Gobiernos se avergonzaron de llamarse creyentes, y se hicieron una gloria de ser considerados como herederos del espíritu filosófico de la revolucion.

Mientras la Compañía de Jesús era presentada á los pueblos como el espectro que iba á amargar el plácido festin de los derechos humanos y á desvirtuar las conquistas del progreso; mientras aquella sociedad benemérita, consagrada á la ilustracion y á la moralizacion, era señalada á la aversion constante de las masas, y objeto de leyes especiales las sospechas que infundía; los diplomáticos contemplaban, con la sonrisa en los labios, como las doctrinas disolventes de Saint-Simon formaban escuela, y como la extravagante escuela de Saint-Simon se reforzaba con hombres de la significacion é importancia de Augusto Comte, Enfantin Bazard, Miguel Chevalier, Agustin Thierry, Rigault, Pedro Leroux, Juan Reynoud, Emilio é Isaac Pereire, Luis Jordan, Gueroult y otros.

Las teorías de estos hombres, dotados de una imaginacion ardiente, eran

incendiarias; sus esfuerzos se dirigian á atizar en el corazon de las masas el sentimiento de la desesperacion viva y el odio contra las clases afortunadas; ellos lanzaron y sostuvieron el grito de «guerra» al órden jerárquico de la humanidad.

Aquella escuela peligrosa por sus fines y por sus adeptos creó atmósfera suficiente para tantear un ensayo práctico: Fourier dió forma al sansimonismo, y la política presenció impasible la constitucion falansterista, defendida por Víctor Considerant, Julio Lechevalier, Pellarin, Trónson, Toussend, Weill, Nerval, Leconte de Lisle y otros.

Esta encarnacion de las teorías sansimonianas empezó levantándose contra el órden por la Providencia establecido, y se apoyó en la mas horrenda blasfemia oida por las generaciones.

¡Ay! los Gabinetes que se alarmaron ante la perspectiva de una muchedumbre congregada á la sombra del Padre Santo, y que no se sentian sosegados mientras no alcanzaran la abolicion de la Órden de los Jesuitas, leyeron impávidos en *La Falange* esta imprecacion execrable: «De qué nos sirven esta vana ostentacion del poder divino, esos astros que tachonan el firmamento? Mejor seria que Dios nos hubiera dado menos espectáculo y mas bienestar. Es ya hora de atrevernos á plantear la gran cuestion de las obligaciones de Dios. Dejemos que canten sus títulos de gloria los que se aprovechan de ellos disfrutando por su causa pingües rentas; en cuanto á nosotros, habitantes de éste globo, de ochocientos millones que somos, hay por lo menos setecientos cincuenta millones que no tienen motivo alguno de alabar la justicia de Dios. Enhorabuena que David, el gran criminal (!!!), cantase la gloria de un Dios que le daba víctimas que inmolar, provincias para despojar y serrallos y cortesanos que celebrasen sus hazañas con enfáticos himnos; justo y natural es que tan degradados seres alaben al Dios protector de sus orgías; pero el mayor número de hombres civilizados tiene derecho de contestar á David volviendo contra él sus propios versículos: «Los desórdenes de la tierra «proclaman la indiferencia de Dios, y los horrores de la civilizacion dan testimonio de la ineficacia de su providencia.»

Estos insultos á todo lo constituido en el doble órden natural y sobrenatural de la humanidad y del universo eran escuchados con indiferencia glacial por los poderes de la tierra que veinte años antes habian reconocido la urgencia de arrancar del corazon de los pueblos las semillas de la incredulidad.

«Corría el año 1840, dice un escritor contemporáneo, cuando los últimos discípulos de Graco Babeuf comenzaron á lanzarse sobre la sociedad cual si fuese apetecible presa. Había en aquel tiempo al rededor del órden legal, que en apariencia gobernaba y administraba, oradores que hablaban siempre, controversistas que sin descanso escribían, y artífices de toda clase de impresos, quienes, colocando junto á un mostrador el altar de la libertad de imprenta, introducían á los mercaderes en el templo, y cobraban conforme á tarifa el elogio ó la censura, el vicio ó la virtud, el talento ó la ignorancia, la codicia ó la abnegacion.

«Veinte años hacia que el entendimiento venia consumiéndose en inventar teorías de degradacion humana. Valiéndose ora de conspiraciones incesantes, ora del auxilio de ambiciosas ó anticristianas pasiones, habíase reclutado el ejército del mal, turba inmunda que iba de cloaca en cloaca por dos cuartos cada noche; y en aquellas sentinas del vicio, donde únicamente se

encuentran los leprosos del mundo moral, habian sido afiliados cuantos sin tener nada, dice Salustio, alimentan envidia contra los que poseen. Descontentos de su suerte, suspiran por derribarlo todo, y hablan de vivir sin apuros en medio de la guerra civil; porque en los grandes trastornos es donde pueden medrar, escudándose su pobreza contra la posibilidad de perder algo.

«Corrian unos á París llamados por obras de inmensas, aunque inútiles, fortificaciones; otros se reunian en Viena, en Berlin y en Milan, así como en época de Catilina sus antecesores habian invadido á Roma, en cuyos muros los osados y criminales del mundo, una vez perdido el techo paterno, iban á refugiarse como foco de las impurezas de toda la tierra.»

Esta pincelada maestra traza con admirable exactitud una faz de la situacion del mundo en la víspera de ser exaltado Pro IX al solio pontificio. Los sentimientos morales formaban un horrendo caos.

Los principios comunistas conquistaban rápidamente terreno, y si bien no eran admitidos sino de vergonzante manera por los directores de la política general, su espíritu reinaba sin obstáculo. Los desacatos á la propiedad colectiva consumados por los Gobiernos daban una anticipada sancion á las aspiraciones de los sectarios. Las injusticias administrativas revelaban la mas íntima correspondencia con los errores escolares. Las declamaciones de los filósofos no tenían otro defecto que revelar una impaciencia perjudicial.

El camino que recorria la sociedad era ya tan pronunciado, que no cupo esperar un momento mas en la venidera advertencia de los Gobiernos, quienes lo comprendian todo, lo sancionaban todo, y bien podemos decir que lo apoyaban todo.

Roma hablaba de vez en cuando; empero su palabra franca, sus avisos sinceros molestaban á los que tenían interés en que permaneciera nebuloso el horizonte. Gregorio XVI pudo bajar al sepulcro en la conviccion de que su sucesor se veria obligado á sostener una batalla mas general; y que se acercaba la hora en que la Iglesia sola, sin apoyo humano, deberia encargarse del triunfo de los principios de la verdad y de la justicia.

Poco tiempo antes de morir, los trabajos de zapa revolucionaria estaban tan adelantados, que Gaetano, jefe de las maquinaciones italianas, espantado de su propia obra, escribia á Nubius, uno de sus mas fieles adictos:

«Antes de contestar á vuestras dos últimas cartas, querido Nubius, quiero comunicaros algunas observaciones mias, que creo han de aprovecharos. En pocos años hemos conseguido adelantar mucho nuestra obra; la desorganizacion social que proyectamos se extiende á todas partes, del Norte al Mediodía: entre los nobles y los sacerdotes reina la confusion; nada se ha librado del rasoero á que queremos sujetar la especie humana. Nuestro plan era corromper para poder gobernar, y lo hemos hecho con tanto éxito, que pienso que vos, como yo, empezais á sospechar si hemos ido demasiado allá en el camino emprendido. Temo que hayamos adelantado con exceso, que hayamos corrompido mas de lo justo, y fijando la atencion en el personal que nos sirve, tengo para mí que no podremos dominar el movimiento, ni encauzar cuando sea hora el torrente de pasiones que hemos desbordado.

«Observo que fermentan á nuestro alrededor pasiones con las que no habíamos contado, apetitos misteriosos, odios terribles que pueden á la hora mas imprevista devorarnos; de modo que si fuera posible quizá deberíamos aplicar algun remedio á la gangrena moral. Pervertir nos ha sido fácil; empero,

¿conseguiremos con igual facilidad sujetar á los pervertidos? Esta es para mí la mas difícil cuestion; cuestion que varias veces he querido dilucidar con vos, sin que lo haya jamás alcanzado. Hoy, empero, no es posible ya aplazar su consideracion, ni cerrar por mas tiempo los ojos para no verla, pues los instantes son criticos, y en Suiza, Austria, Prusia é Italia, nuestros agentes, que mañana serán nuestros señores, solo esperan una señal para romper el molde de que hasta hoy se han servido. Suiza quiere tomar la iniciativa; sin embargo, los radicales helvéticos, ensalmados ante su Mazzini y sus comunistas, y con su alianza entre los Santos y el proletariado ladron, no son los mas á propósito para conducir á las sociedades secretas al asalto de la Europa. Lo importante es que Francia imprima su sello á la universal conmocion, y que París no falte en el cumplimiento del encargo que le hemos confiado; empero, una vez dado y recibido el impulso, ¿á dónde irá esta triste Europa? Tamaño pensamiento me tiene desasosegado, pues voy envejeciendo y mis ilusiones se desvanecen, y no me siento con valor para asistir en calidad de comparsa, pobre y privado de todo influjo, sobre la marcha de unos acontecimientos á los que yo comuniqué vida, y de los que sobre mí caerá gran parte de responsabilidad.

«En muchas cosas hemos pecado por exceso: quisimos arrebatár al pueblo todos los dioses que veneraba en el cielo y en la tierra; le hemos arrancado su fe religiosa, su fe monárquica, su probidad, sus virtudes de familia, y ahora temblamos al oír los primeros rugidos del mónstruo, dispuesto á devorar á los que le hemos abierto el apetito, y puesto que le hemos desprovisto de todo sentimiento bueno, no hay que esperar piedad de su parte; cuanto mas medito sobre la situacion, mas profundamente convencido quedo de que ha llegado la hora de acudir á los calmantes.

«Y en este instante quizá decisivo ¿qué haceis vos? No os moveis de vuestro sitio, y con dolor he sabido que estais preparando una conflagracion universal. ¿No habrá medio de aplazar el crítico momento? ¿Estais seguro de las medidas tomadas para dominar el primer impulso? De Viena puedo decir que al primer tañido de la campana revolucionaria la plebe nos devorará, y que el precario caudillo que se elevó sobre ella en alas de sus aclamaciones, está todavía en presidio ó en lugar todavía peor. Nuestra Italia, donde se está jugando una doble partida, es probable que ofrezca idénticos peligros. Aquí como allí hemos revuelto el mismo cieno; y el cieno sube ya á la superficie, y temo que llegue á ahogarnos.

«Sea cual fuere la suerte reservada á las ideas difundidas por nuestras sociedades, es seguro que nosotros serémos vencidos; ¡en verdad no era esto nuestro sueño dorado del año 1825, ni nuestras esperanzas risueñas de 1831! Efímera ha sido nuestra suerte. Solo Dios sabe dónde se detendrá el progreso del embrutecimiento; por lo que, si bien dispuesto á sostener nuestro empeño en la probabilidad de dirigir, explicar y aplicar nosotros la revolucion, aquí en Viena abrigo el mas fundado temor de que serémos nosotros los arrollados y dirigidos. Pensad si es preferible hacer algunos instantes de alto en el templo á vernos en seguida envueltos en ruinas; pensad si seria prudente tomar el oficio de Penélope, y deshacer de día algo de lo que en la noche hemos tejido.

«El mundo corre por la pendiente de la democracia, y desde algun tiempo, para mí democracia equivale á demagogia. Nuestros veinte años de con-